

**GABRIEL
JOSIPOVICI**



TACTO

EDITORIAL RONEO

—

ABRIL DE 2021

SANTIAGO DE CHILE

Touch
Gabriel Josipovici



© Editorial Roneo
© Gabriel Josipovici
© Cristóbal Joannon
© De las ilustraciones, Jan van Eyck, Rembrandt van Rijn,
Jean-Baptiste Chardin, Pablo Picasso, Gabriel Josipovici
© De la traducción, Cristóbal Carrasco, con
la colaboración de Nicolás Vargas

Primera edición: abril de 2021
Publicada en acuerdo con Johnson & Alcock Ltd.

ISBN 978-956-09383-5-0

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser
reproducida sin la autorización de los editores.

Edición a cargo de Cristóbal Carrasco
Corrección: Diego Barahona, Daniela Carrasco,
Carolina Illino, María José Mejías y Guillermo Silva

Diseño de portada: Francisca Alcalde
Diseño de interior: Mariana Forray

Editorial Roneo
Jorge Washington 325, Ñuñoa
www.roneo.cl | contacto@roneo.cl

Santiago de Chile

ÍNDICE



TOCAR Y SER TOCADO, por Cristóbal Joannon	7
AGRADECIMIENTOS	19
PRÓLOGO	21
La lección de la mano	25
La sombra del tilo y la Virgen de Amiens	33
Límites	43
Asir y aferrar	53
La habitación	59
Adicción	63
Transgresión	75
La lección de la mano (2)	81
<i>Praesentia</i>	89
El toque del rey	95
La terapia de la distancia	99
La terapia de la distancia (2)	107
Reliquias	115
El cinto y el río	119
“Un ganso que creció en un árbol en Escocia”	127
Poseer el poder	133
La novia judía	139
Primeros pasos	143
Melodías cinéticas	147
Melodías cinéticas (2)	153
Caminante y mundo	161
Límites (2)	165
La habitación (2)	171
Apéndice	179
ILUSTRACIONES	183
BIBLIOGRAFÍA	197
ÍNDICE ONOMÁSTICO	201

**TOCAR
Y SER
TOCADO**



Escribir sobre el sentido del tacto en medio del confinamiento para controlar la propagación del Covid-19 tiene algo paradójico. Este último año buena parte de nuestra comunicación ha sido a través de pantallas. Largas jornadas frente al computador procesando mensajes carentes de toda materialidad. En los así llamados “carretes Zoom” se dispara la ansiedad grupal: uno quisiera hablar con alguien que está ahí, saludarlo, eventualmente abrazarlo, y ni siquiera pueda captar su mirada pues está pendiente de un tercero que habla, a veces más de la cuenta. En un contexto así, echar la talla, algo tan chileno, es técnicamente imposible; aceptarlo desmoraliza, pues equivale a renunciar a un cincuenta por ciento de nuestro humor. Gente que ha pasado sola este proceso me dice que ha resentido sobre todo la ausencia del cuerpo de los demás. Acostumbrarse al distanciamiento social suena siniestro; debe ser uno de los primeros estadios de ciertas manifestaciones de la locura.

Pero no es del todo malo hablar de aquello que se encuentra en suspenso y que debería volver cuando los planes de vacunación hayan conseguido la así llamada inmunidad de rebaño. Este libro, *Tacto*, puede ser una excelente compañía hasta que no hayamos arribado a ese óptimo estadís-

tico, y también para lo que venga después. Según plantea el investigador Nicholas Christakis, que ha estudiado en detalle los fenómenos sociales en torno a las pandemias, hay un patrón que suele darse cuando se vuelve a la normalidad: el derroche económico y el desenfreno sexual. Este desenfreno seguro que estará motivado por la necesidad de tocar y ser tocado *por más de alguien*. Puesto que en las nuevas generaciones la pulsión monogámica se encuentra ya muy debilitada, el periodo que nacerá cuando volvamos a caminar por las calles sin mascarilla y podamos bailar en masa quizás sea visto en el futuro como un desplazamiento antropológico desde un viejo orden a uno que no se parece a nada. Son especulaciones. Habrá que estar atentos.

Desconozco si existe algún tratado sistemático sobre el tacto. En caso de que no lo haya, ¿se necesitaría? Quien quiera escribir sobre él podría comenzar sobre lo que ha hecho Gabriel Josipovici en estas páginas memorables: cubrir libremente el tema usando una constelación de elementos objetivos y subjetivos (pero en ningún caso arbitrarios). El autor presenta un mosaico coherente a partir de eso que alguien llamaría la historia de la cultura. El sentido del tacto se aborda desde distintos ángulos con una prosa segura que abunda en evocaciones familiares, esto es, no rebuscadas. Es un libro en cierta forma privado. Cuesta imaginar un camino alternativo, por ejemplo que trate el asunto desde una perspectiva puramente abstracta.

El tacto debe ser uno de los mejores temas para quien practica el ensayo en primera persona, en parte por su dificultad: te obliga a exprimir las palabras a riesgo de caer en fatuidades. Josipovici recurre a ella solo cuando le parece necesario. Cada vez que lo hace, su escritura –sus ideas, su tono– adquiere gran cercanía. Hay escritores en que el mismo recurso genera más bien distancia, sobre todo cuando su voz “privada” nos resulta artificial o abiertamente cargante. En tales casos quisiéramos que vuelva a un plano distanciado, neutro. El tacto es también un buen tema por-

que nunca tendrás muy claro qué debes decir, dónde sería bueno frenarte. Creo que esto se debe a que el tacto siempre es algo íntimo. Decir qué le gusta a uno que le hagan tiene algo de secreto revelado.

Paul Valéry decía que no hay nada más profundo que la piel. Doy la frase por verdadera, pero creo que requiere una elaboración. Si estamos nadando en el mar y algo nos toca un pie sentiremos en la carne completa del cuerpo un miedo intensísimo, de pesadilla, sobre todo si somos tocados una segunda vez por la misma “cosa”. El reverso agradable, máximamente agradable, sería que nos toque alguien que deseáramos que nos toque. Para muchas personas esta debe ser una de las mejores cosas de la vida. Ahora, más placentero aún sería que ese deseo sea mutuo, algo que en principio no depende de nosotros: toco y soy tocado por aquella persona que desea tocarme y que yo la toque. Cuando percibes un deseo-de-ti en el cuerpo que tocas de alguna manera sientes –quizás “falazmente”– que es tuyo, que en principio todo lo que hagas en él y con él será muy bien recibido. No es difícil que de esto surja, valga la prevención, un vínculo obsesivo/posesivo que, a la larga, sea lo que termine por enfriar la relación.

Supongamos que este circuito excluye las así llamadas “zonas erógenas”, pero no el deseo sexual. ¿Qué sería ese nudo de “tocaciones” entre dos personas que se desean pero que evitan deliberadamente tocar “aquellos lugares”? Sería la plenitud del tacto (no erógeno), tal vez el vínculo (casto) más profundo que podamos tener con alguien. Está al borde de la sexualidad, sí, pero su objetivo es otro: es tocar completamente al otro, sentir todas sus fibras. Soy consciente de que este planteamiento es discutible, pero tiene la gracia de que nos permite entender por qué lo más profundo que podamos experimentar será siempre un asunto de tacto, de contacto, con otra persona. La escena que he descrito podría prescindir de palabras y eso no restaría profundidad.

La frase de Valéry la entendí hace poco, después de algo así como tres años de masajes semanales. Combino distintas técnicas: ayurvédicas, tuina, chuaká, reflexología. Antes no sentía mi cuerpo; era una mente en una cabeza que simplemente *tenía* un cuerpo; hoy creo –y siento– que *soy* ese cuerpo. La aparición de este tuvo un efecto poderoso, “transformador”, pues cambió mi experiencia del mundo (antes era puramente mental), y ya que el mundo es la experiencia que tenemos de él, como propone la fenomenología, apareció otro, distinto, avizorado y en el fondo deseado, pero no vivido. Una expresión como “la estructura sensual de la realidad” antes no la habría entendido, ni siquiera como metáfora de algo vago. Hoy creo que es un asunto fundamental, diría que inseparable de la voluntad de vivir.

Entender lo que escribió Valéry me ha llevado a leer el pasado de otra manera. En buena medida me ha aliviado. En séptimo básico me enamoré de una compañera de colegio. Era tan tímido en los asuntos de Cupido que no pude decirselo. Las cartas –diarias– de amor que le escribí llegaron un año después. Sí, demasiado tarde. Este amor frustrado me desvitalizó. Con el tiempo hasta llegué a pensar que algo en mí había muerto y que mi historia de vida era resarcir esa pena. Pero las cosas cambiaron recientemente: recordé, durante una sesión de reflexología, una escena muy dulce que ella y yo habíamos vivido. Estábamos viendo una película en VHS, en la casa de un vecino. Quedamos sentados en el mismo sofá. Sin que el corazón se me acelerara, o mejor dicho antes de que eso ocurriera, puse mi mano sobre una de sus rodillas y empecé a tocarla. Ese fue el lugar elegido y también sus “fuentes”, digamos dos o tres centímetros hacia los lados y especialmente hacia abajo, donde la rodilla pareciera nacer. Todo lo que sentía desde hacía meses lo “expresé” en las presiones diminutas que hice, en la velocidad lentísima con que me moví sobre su piel. Sin miedo, dejándome llevar. Todo debe haber durado diez minutos. Fue una eternidad.

¿Corrió ella la pierna para dar por terminada la estadía en el paraíso? ¿Fui yo quien sacó la mano? No lo sé.

Pienso hoy: solo que se haya dejado tocar por mí debería haberme llenado de alegría, lo mismo el hecho de que fui yo quien actuó. La lectura negativa de los hechos, que me acompañó tantos años, estaba sostenida en una incompreensión de la idea de Valéry. Es cierto que nunca dije nada, pero me pongo en el caso inverso: haberle expresado mi amor sin haberla tocado. Aceptando que ambas cosas eran para mí imposibles, puedo decir que sí fui correspondido. Tocar a alguien que se deja tocar es un modo de estar con esa persona, un modo muy intenso, altamente emocional.

Si no hay nada más profundo que la piel, y este libro se interna con inteligencia, sensibilidad y erudición en el elusivo fenómeno del tacto, el lector debería pasar ya a su lectura nada más dando vuelta la próxima página.



Cristóbal Joannon
Santiago de Chile, marzo de 2021